

LA ESFERA COMUNITARIA Y SUS ENTRAMADOS. APUNTES INSPIRADOS EN RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR Y HUÁSCAR SALAZAR LOHMAN

Francisco Letelier¹

Siguiendo las aproximaciones que proponen Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar, me permito compartir algunas ideas sobre lo comunitario. Lo entiendo como una cualidad de las relaciones sociales, y no como objeto o sustantivo. Más que asumir una forma definida y cerrada, lo comunitario se construye a partir de entramados de distinto tipo y escalas. Seamos o no conscientes, con su complejidad y tensiones, ellos soportan la vida social, sin embargo, su cultivo requiere ‘políticas de lo comunitario’ que generan contextos y condiciones adecuadas. Para ilustrar estas ideas acudo a experiencias de mi vida cotidiana, de mi historia personal y utilizo algunas anécdotas que me parecen clarificadoras.

THE COMMUNITY SPHERE AND ITS FRAMEWORKS. NOTES INSPIRED BY RAQUEL GUTIÉRRES AGUILAR AND HUÁSCAR SALAZAR LOHMAN

Following the approaches proposed by Raquel Gutiérrez and Huáscar Salazar, I allow myself to share some ideas about the community. I understand it as a quality of social relations, and not as an object or a noun. Rather than assuming a defined and closed form, the community is built from frameworks of several types and scales. Whether we are aware or not, with their complexity and tensions, they support social life, however, their cultivation requires ‘community policies’ that generate adequate contexts and conditions. To illustrate these ideas, I refer to experiences from my daily life, from my personal history and use some anecdotes that I find clarifying.



Lo comunitario como cualidad

Algunos sostienen que las comunidades son un recurso psicológico al que nos aferramos para obtener seguridad en un mundo incierto y líquido (Bauman, 2003). Otros, que son constreñimientos a la plena realización del sujeto (Touraine, 1997). Respecto de lo primero: hay que asumir que la experiencia comunitaria ha cambiado. Cuando era niño, mi entorno próximo era muy importante. Mi vida con los amigos y amigas era intensa. Las casas vecinas estaban abiertas para todos los niños y niñas y pasábamos de una a otra con libertad. La plaza y las calles eran un gran patio. Los entramados

¹ Chileno, Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: fcoletelier@gmail.com

comunitarios de la vecindad eran muy fuertes, muy reales, más reales incluso que lo que veíamos en la televisión. Esto efectivamente ha cambiado.

Hace un tiempo le preguntamos a un grupo de nuevos estudiantes de sociología por sus historias de vida. Aparecían muchas cosas: el nacimiento de una hermana, la muerte de un familiar, el colegio, la llegada de una mascota, un acontecimiento global, etc., pero no aparecía el barrio. La vivencia del espacio próximo no había sido significativa en sus vidas. Pero que las relaciones comunitarias ya no tengan al barrio como eje principal (al menos para una generación), es bien distinto a que estén desapareciendo, lo que ocurre es que están cambiando.

Respecto a lo segundo, el constreñimiento, habría que decir que, tal como lo muestra Pablo de Marinis (2005), hoy, a la mayoría de las comunidades se pertenece por adscripción voluntaria, y no por el hecho de nacer en ellas, o por tradición. Las comunidades del presente se caracterizan por su no permanencia, por su evanescencia, por ser sólo “hasta nuevo aviso”, hasta que se satisfagan las necesidades por las que surgieron. Las nuevas comunidades son plurales: los individuos pueden adherir a muchas de ellas a la vez, entrar y salir, porque así lo desean. Las nuevas comunidades establecen un archipiélago de partes, sin todo, sin borde exterior, sin continente.

Más que pensar de manera dicotómica: una construcción psicológica o un hecho social que coarta la libertad, tal vez debamos concebir lo comunitario como cualidad. Pasa algo similar con la idea de barrio. En 2018 discutíamos acerca de los efectos de la idea dominante de barrio en las políticas urbanas. Decíamos que lo vecinal, esencialmente sin forma, se convierte en algo fijo, se le niega su condición de proceso abierto, dinámico y conflictivo, con lo cual queda convertido en producto urbano. Ello parece encarnar la paradoja entre proceso y producto, entre movimiento y resultado, entre la urbanización y lo urbano (Letelier, 2018), a lo que agregaríamos hoy, entre la comunidad y lo comunitario. La obsesión por fijar lo vecinal en el barrio y lo comunitario en la comunidad es como dice Andy Merrifield: tratar de saber con certeza tanto el movimiento como la posición de una partícula subatómica, sus características de onda y partícula (Merrifield, 2011).

Los entramados que nos sostienen

En un sentido más dinámico y procesual, Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar hablan de ‘entramados comunitarios’. Con este concepto hacen referencia a “lazos estables o más o menos permanentes que se construyen y se reconstruyen a lo largo del curso de cada vida concreta, entre hombres y mujeres específicos, que no están plenamente sujetos ni sumergidos en las lógicas de acumulación de valor (es decir, lo fundamental es su valor de uso), para encarar la satisfacción de múltiples y variadas necesidades” Gutiérrez y Salazar, 2019. Lo comunitario sería una cualidad de las relaciones.

Cuando hablamos de entramados comunitarios no solo pensamos en las comunidades tradicionales, las de barrio, por ejemplo. Raquel Gutierrez y Huáscar Salazar sostienen que se pueden encontrar bajo diversas formas: “desde comunidades y pueblos indígenas, hasta familias extendidas y redes de vecinos, parientes y migrantes desparramadas en ámbitos urbanos o rurales; desde grupos de afinidad y apoyo mutuo para fines específicos, hasta redes plurales de mujeres para la ayuda recíproca en la reproducción de la vida”.

Tampoco se trata solo de vínculos organizados conscientemente. Los entramados comunitarios están habitados por personas con diversos niveles de conciencia sobre su papel. Pueden incluso ser completamente inconscientes acerca de él. Pensemos en un vecindario. Vemos que son incontables las acciones que se realizan cotidianamente sin conciencia de su aporte a la reproducción de la vida común, solo se hacen: comprar en el negocio de la esquina (lo que alimenta la economía de proximidad), saludarse al pasar o sostener una pequeña charla, sacar a pasear al perro y dejar que el propio juguete con el del vecino, juntarse para dar un paseo con una amiga, salir a andar en bicicleta, mantener el antejardín bello, sacar la basura oportunamente, cuidado colectivamente de los niños, hacer circular información relevante, entre muchos otros (Letelier, Vanhulst y Micheletti, 2016).

El otro día, nuestro perro, Toki, se fue lejos de casa. Estaba siguiendo a una perra vecina. Yo y mi hija corrimos tras de él. Lo perdimos en una esquina. Yo estaba parado pensando donde ¿se habrá ido?, cuando de pronto, una mujer que pasaba se detuvo y me dijo, “su perrito se fue hacia ya, dobló en la esquina, donde está la ferretería”. Creo que la relación de ayuda que esta mujer estableció conmigo también puede ser entendida desde la idea de los entramados comunitarios. Así, es la existencia de un cierto entramado vecinal, es decir, de relaciones o encuentros cotidianos recurrentes, aunque no necesariamente intensos,

lo que estimula la ayuda de la mujer. El entramado vecinal posibilita el surgimiento de la reciprocidad, en tanto común. Yo hubiera hecho lo mismo si la mujer hubiese estado buscando a su perro.

Tengo otro ejemplo. Me gusta observar cómo se establecen relaciones con las personas que atienden cuando uno compra algo. En las cadenas de supermercados la forma en que un cajero o una cajera establece un vínculo con uno está programada. Deben decir ciertas cosas: ¿paga con la tarjeta del supermercado?, ¿encontró lo que buscaba?, ¿tiene tarjeta del club? La mayoría de las veces no hay más diálogo que este. Sin embargo, en supermercados más pequeños, donde los comportamientos están menos estandarizados, se producen diálogos entre los clientes y los cajeros. En los supermercados de barrio, por ejemplo, se establecen verdaderas conversaciones en las que no solo participaba quién paga y quién cobra, también otras clientes.

Esto es aún más extremo en los almacenes de barrio. Recuerdo bien el trabajo que un grupo de estudiantes hizo hace unos años. Ellos tenían la hipótesis que los almacenes no eran solo un espacio de intercambio mercantil, sino también de vínculos comunitarios. Entonces, llevaron un termo con café y galletas y les ofrecieron a los clientes que llegaban a comprar. De manera espontánea se produjeron conversaciones animadas, a las que se sumaban las personas que iban llegando. Los bares en Barcelona, y en España en general, son comunidades en sí mismas. En Chile quedan pocos.

Con todo esto quiero decir que los entramados comunitarios que nos sostienen no solo existen cuando hay una voluntad consciente de reunirse para satisfacer una necesidad colectiva, más allá de la lógica del capital. Están presentes en nuestra cotidianeidad, aunque no seamos conscientes de ellos. Como dicen Raquel y Huáscar, los entramados comunitarios “también están presentes por fuera de éstas [comunidades indígenas, originarias, campesinas], por ejemplo, en la vida urbana, en todas aquellas relaciones, creaciones y prácticas, mucho más efímeras y volátiles, que permiten o facilitan la reproducción de la vida y que no están plenamente mediadas por el capital” (Gutiérrez y Salazar, 2019).

A partir de esta definición la biografía de cualquier persona puede ser vista como un viaje por múltiples entramados que se yuxtaponen o suceden. Se deja uno, solo para entrar en otro. Mi historia es el paso de un entramado a otro, sin nunca abandonar del todo los precedentes: mi vecindario de niño, mi escuela, el grupo de catecismo y la comunidad de iglesia; el barrio donde viví mientras estudiaba sociología, mis

compañeros y compañeras; el grupo con que formamos una ONG; el barrio donde viví en Barcelona y en el que vivo hoy, mi comunidad universitaria, etc., etc., etc. Y en medio de estos, los más intensos y densos, hubo cientos de otros entramados constituidos por relaciones más breves, pero igualmente reales.

Cuando en 2017, junto a mi esposa e hijas llegamos a vivir a Barcelona para cursar estudios de posgrado, no conocíamos a nadie. Cuando en un lugar no se conoce a nadie es más fácil observar relaciones que, en un contexto habitual, pueden volverse transparentes, invisibles. Para nosotros, cada saludo, encuentro, conversación e intercambio social se volvió significativo. En Barcelona pudimos observar cómo, día tras día, nos fuimos sumergiendo en diversos entramados de relaciones. Fuimos conscientes de cómo las personas a nuestro alrededor nos iban acogiendo en sus redes: en el edificio, en el vecindario, en el colegio, en el bar, en la universidad, en el supermercado del barrio, en el parque. Es justo decir que, en nuestro caso, este proceso fue facilitado por la estructura urbana de la ciudad y por políticas públicas que facilitan relaciones intensas de proximidad. Por ejemplo, los niños y niñas estudian en el mismo barrio, así, el camino al colegio y la hora de salida, son momentos de sociabilidad muy importantes tanto para ellos como para sus padres y abuelos.

(In)conciencia de lo comunitario

Aunque vivimos inmersos en estos entramados comunitarios no somos conscientes de que, al reproducir las condiciones materiales y simbólicas que permiten la vida, estos nos sostienen cotidianamente. Vivimos en la ilusión de que la vida social es soportada básicamente por relaciones que se dan en torno a la economía formal, al mercado y a las políticas del estado. Nuestro modo de reflexionar sobre nosotros mismos suele ser: tenemos un trabajo, ese trabajo nos da un ingreso y con ese ingreso podemos acceder a bienes, servicios y experiencias, así vivimos. Lo comunitario lo consideramos como un ámbito accesorio y marginal, generalmente asociado a las reuniones en la junta de vecinos o algún grupo específico al que pertenecemos.

¿A qué obedece esta inconciencia? De nuevo acudimos a Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar: “En el capitalismo ocurre que los diversos procesos de reproducción de la existencia se subordinan a la producción de capital, apareciendo como conjunto de actividades fragmentadas, secundarias y sin significado propio; ocurre, también, que la política, en este caso la política estatal –aparentemente el único lugar para la realización de la gestión colectiva-, se sitúa por encima de la sociedad, velando – según su

propio decir- por el “bien común” y relegando la reproducción social al ámbito de lo privado” (Gutiérrez y Salazar, 2019. Pág. 26).

De acuerdo con esto, contribuir a la construcción de una mayor conciencia sobre los entramados requiere conceptos, lenguajes y relatos que permitan articular y dar significado propio a las diversas experiencias comunitarios en los que participamos. Así, el trabajo de una comunidad urbana por construir un parque, el grupo de jóvenes que intenta recuperar una quebrada, la organización que defiende los derechos de los animales, una comunidad espiritual que ofrece su ayuda en un centro de salud, los vecinos y vecinas que se organizan para cabildear, y una familia que cuida de sus miembros, son experiencias que tiene algo en común: participar de una misma esfera, la comunitaria.

Según Gutiérrez y Salazar lo comunitario “es una forma de establecer y organizar relaciones sociales de «compartencia²» y cooperación, no exentos de tensión, con el fin de reproducir la vida social, en términos materiales y simbólicos” (Gutierrez y Salazar, 2019). Pensar en lo comunitario como ‘esfera’ que contiene a los múltiples entramados, permite visibilizar que, por más distintos que sean los ámbitos en que se desenvuelven las experiencias, y por más diversas que sean sus formas, tienen una cualidad común: ser relaciones que consciente o inconscientemente satisfacen necesidades colectivas que permiten la reproducción de la vida y lo hacen con autonomía relativa de las lógicas de acumulación de valor.

Articular conceptual y políticamente el conjunto de entramados, pequeños y grandes, simples y complejos, consientes e incontinentes, permite dar fuerza a la idea de que lo comunitario tiene un papel hoy, en el ahora. Los entramados comunitarios no son una mera posibilidad o un proyecto por realizar, nos están sosteniendo en este mismo instante. Al yo escribir esto, y al tu leerlo.

Políticas de lo comunitario

Los programas de fortalecimiento comunitario impulsados por el estado asumen que es necesario “crear comunidad”, cuando en realidad lo que se necesita es generar las condiciones de contexto (o eliminar las barreras) para que los entramados existentes se desplieguen y entrelacen. Más que programas de fortalecimiento se precisa de ‘políticas de lo comunitario’.

² Los autores citan a Martínez Luna, 2014. Martínez Luna, Jaime (2014), «Ponencia presentada en el coloquio Reproducción material de la vida y transformación social» llevado a cabo en la ciudad de Puebla, México, los días 8 y 9 de septiembre.

Entendemos las políticas de lo comunitario como aquellas destinadas a reconocer, respetar, facilitar y ampliar las relaciones y mecanismos comunitarios que permiten la reproducción de la vida. Creemos que una esfera comunitaria más autónoma y vital contribuye a construir una sociedad más democrática, inclusiva y con mayor bienestar. Por ejemplo, se requieren buenas condiciones para la sociabilidad: entornos seguros, espacios públicos de calidad, servicios y equipamientos de proximidad, etc. También se requieren de tiempo y energía. Una persona que trabaja todo el día lejos de casa, que debe utilizar una o dos horas diarias solo para trasladarse, tendrá muy poco tiempo para cultivar las relaciones con su familia, sus amigos y su entorno vecinal. Si la misma persona está preocupada por las deudas, por cómo pagar las cuentas o cubrir un gasto imprevisto, tendrá muy poca energía psíquica para destinarla a participar de sus entramados.

Los entramados comunitarios requieren de contextos sociales que faciliten el encuentro, la interacción, la implicación en causas comunes. Con entornos adecuados los entramados se fortalecen y multiplican y acrecientan su poder para producir comunes y reproducir la vida de manera ampliada, es decir, creativa y auto realizadamente. Cuando esto no sucede, y, al contrario, son estresados al límite, se cierran en círculos cada vez más estrechos, especialmente familiares, buscando asegurar la subsistencia.

Un buen ejemplo la necesidad de políticas de lo comunitario lo encontramos en el contexto de la crisis por el virus COVID-19. Al inicio de la pandemia, la municipalidad de Valparaíso propuso el modelo de “confinamientos comunitarios”. Este modelo reconocía que las personas se necesitan mutuamente para satisfacer sus necesidades y que el aislamiento total es imposible: “se trata de un modelo basado en la idea de los archipiélagos, en tanto supone dividir la comuna en un conjunto de unidades territoriales de acción comunitaria y municipal, que buscarán aislarse y a la vez interconectarse de forma regulada entre sí”³.

La propuesta no fue valorada por las autoridades a nivel nacional y, por su parte, impusieron otro modelo en base a cuarentenas dinámicas: centralizado y sustentado exclusivamente en la responsabilidad individual. Esto pese a que existe evidencia sobre los impactos negativos del aislamiento estricto dentro

³ <https://media.elmostrador.cl/2020/03/Modelo-Confinamiento-comunitario-AC-Valparaiso-1-1.pdf>

de los hogares, desde el punto de la salud mental, pero también por el debilitamiento o sencillamente el quiebre de las redes de colaboración cotidianas que en gran parte de los hogares hacía posible vivir o incluso sobre-vivir. Es evidente que no todos los hogares tienen la misma capacidad de realizar cuarentenas domiciliarias ya sea por problemas de subsistencia cotidiana, hacinamiento, sobrecarga laboral al articular empleo y escolarización a distancia, situaciones de violencia, entre otros muchos aspectos.

En la misma dirección varios estudios muestran que en pandemia las personas ven en sus entornos próximos y en su vecinos y vecinas una fuente de ayuda y seguridad. De acuerdo con los resultados de la encuesta Bicentenario 2020 (Centro de Políticas Públicas UC, 2020), el 46% de las personas encuestadas dicen tener mucha o bastante confianza en la capacidad de sus vecinas/os de cuidarse y actuar responsablemente con los demás, porcentaje mayor que la confianza en hospitales, carabineros, autoridades de salud y medios de comunicación.

Recuerdo que, escuchando la radio, y a propósito la discusión del primer retiro del 10%, llamó un matrimonio de un sector de Santiago. Su situación económica era muy precaria. Habían perdido sus empleos y no tenían cómo pagar sus cuentas. Rogaban por que se aprobase el retiro. Cuando el periodista les preguntó cómo estaban viviendo, ellos dijeron que su único ingreso provenía de la venta de almuerzos que sus vecinos solidariamente les compraban a diario. Estas expresiones de solidaridad y cuidado se han multiplicado por todas partes, y las hemos observado también en cada crisis que hemos vivido.

Pero los entramados comunitarios implican relaciones sociales que no son necesariamente armónicas o idílicas, están plagadas de tensiones y contradicciones (Gutierrez y Salazar, 2019). Lo comunitario es paradójico, pero la paradoja se resuelve con los pies en la tierra, en lo cotidiano, que es donde habitan los entramados comunitarios. A propósito de esto recuerdo una anécdota que me relató una dirigente vecinal y amiga. En el contexto de cuarentena, una familia estaba teniendo una fiesta, probablemente ilegal. A su vecina, una mujer con problemas de salud, le molestaba el ruido y trató de explicárselos, ellos, los vecinos de la fiesta no hicieron mucho caso. Esa noche, la mujer se agravó. Tenía que ir al hospital. Después de tocar varias puertas, los únicos que finalmente se dispusieron a llevarla (y esperaron a que la atendieran) fueron los vecinos de la fiesta.

Referencias bibliográficas

Bauman, Zigmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI Editores.

Centro de Políticas Públicas UC (2020). Encuesta Nacional Bicentenario. Obtenido desde <https://encuestabicentenario.uc.cl/>

de Marinis, P. (2012). 16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es). *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 0(15). Recuperado de <https://ojs.ehu.eus/index.php/papelesCEIC/article/view/12103>

Gutierrez, R. & Salazar, H. (2019). Reproducción comunitaria de la Vida. En: Revista de estudios comunitarios El Aplante (Ed.) *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida (21-45)*. Traficante de Sueños.

Letelier, Francisco, Micheletti, Stefano, & Vanhulst, Julien. (2016). Prácticas instituyentes en el espacio vecinal: el barrio como un común. *Polis (Santiago)*, 15(45), 105-119.

Letelier, Luis F. (2018). El barrio en cuestión: fragmentación y despolitización en la era neoliberal, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 15 de noviembre de 2018, vol. XXII, nº 602. [ISSN: 1138-9788]

Merrifield, A. (2011). El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana. *Urban*, 2011, N° 2 (Ejemplar dedicado a: Espectros de Lefebvre), p. 101-110. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3762685>

Touraine, A. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes* Alain Touraine Madrid, PPC Editorial, 1997.